

tud de una contrata celebrada, según pretendía, con un armero desconocido, lo que parecía difícil atendiendo al poco tiempo que había trascurrido. Pero al anochecer llegaron á la casa de la ciudad los cajones de artillería anunciados por Flesselles, y abiertos que fueron se hallaron llenos de trapos. Al ver esto, se inflama la multitud contra el prevoste, quien aseguró haber sido engañado y para apaciguarla dijo que fuesen á la cartuja en donde aseguró que se encontrarían armas. Aturdidos los cartujos con la visita de aquella turba furibunda, la hicieron entrar en su retiro, á fin de que se convenciesen todos de que no había allí nada de cuanto había anunciado el prevoste.

Mucho más irritado el pueblo con esta, que él llamaba traición, vuelve á la ciudad y para darle satisfacción se mandan fabricar cincuenta mil lanzas. En aquel mismo momento bajaban por el Sena unas lanchas cargadas de pólvora con destino á Versalles. Detuvieron los barcos, y un elector distribuyó la pólvora en medio de los mayores peligros.

A todo esto reinaba grandísima confusión en la casa de la ciudad que servía al mismo tiempo de residencia para las autoridades, de cuartel general de la milicia y de centro de todas las operaciones. Había que proveer á la vez á la seguridad exterior amenazada por la corte, y á la interior que esta-

ba en igual peligro por los foragidos. Era preciso calmar continuamente las sospechas del pueblo que temía ser vendido, y salvar de su furor á los que excitaban su desconfianza. Se amontonaban los coches y carretas embargadas, los convoyes interceptados y los viajeros que aguardaban permiso para seguir su camino. Con motivo de otra amenaza de los foragidos contra la casa de la ciudad, el animoso elector Moreau de San-Mery que estaba encargado de la vigilancia durante aquella noche, mandó traer unos barriles de pólvora amenazando pegarles fuego, con lo que se retiraron aquellos pillos³². Mientras tanto se preparaban los ciudadanos retirados en sus casas á toda clase de ataques, desempedrando las calles, abriendo trincheras y tomando las medidas necesarias para resistir á un sitio.

Durante estas turbulencias de la capital reinaba la mayor consternación en el seno de la asamblea, que se había reunido desde el 13 por la mañana, no poco inquieta con los sucesos que se preparaban é ignorando todavía lo que había sucedido en París. El primero que habló fué el diputado Mounier contra la exoneración de los ministros; sucedióle Lally Tolendal en la tribuna, haciendo un magnífico elogio de Necker, y ambos se reunieron para proponer una representación al rey en la cual se le pedía la reintegración de

los ministros. Propuso además Mr. de Vi-rieu, ⁸³ diputado de la nobleza, confirmar con un nuevo juramento los decretos del 17 de junio; pero se opuso Mr. de Clermont-Tonnerre, por ser una medida inútil y recordando los compromisos anteriores de la asamblea, exclamó: «Habrà constitucion ó nosotros dejaremos de existir.» Seguía todavía la discusion cuando llegaron noticias de los alborotos de Paris durante la mañana del 13, y de las desgracias que amenazaban á la capital; entre franceses indisciplinados, que segun la expresion del duque de Larrochefoucauld, no obedecian á nadie, y estrangeros disciplinados que se hallaban en manos del despotismo. Se resolvió inmediatamente enviar una diputacion al rey para hacerle presente la situacion crítica de la capital, y suplicarle que mandase alejar sus tropas y establecer milicias urbanas. Dió el rey una contestacion fria é insignificante que no concordaba con sus verdaderos sentimientos, repitiendo que Paris no podia guardarse á sí mismo. Elevándose entonces la asamblea á la altura de las circunstancias, tomó una resolucion memorable, en la cual insistiendo sobre que se alejase á las tropas y sobre el establecimiento de la milicia urbana, declaró responsables á todos los ministros, á todos los agentes del poder y á todos los que aconsejasen al rey, *cualquiera que fuese su rango*, de las desgra-

cias que se preparaban. Consolidó la deuda pública prohibiendo que se pronunciase la palabra infame de bancarrota, permitió en sus decretos anteriores, y mandó á su presidente que hiciese saber á Necker y á sus cólegas el sentimiento que la causaba su separacion del ministerio. Despues de estas medidas tan enérgicas como prudentes, y para preservar á sus individuos de toda violencia personal, se declaró la asamblea permanente, y se nombró vice-presidente á Mr. de Lafayette para aliviar al respetable arzobispo de Vienne, cuya salud no le permitia presidir de dia y de noche.

De este modo y en medio de la turbacion y de las inquietudes se pasó la noche del 13 al 14. A cada instante llegaban confusamente noticias funestas. Se ignoraba la mayor parte de los proyectos de la corte, pero se sabia que muchos diputados estaban amenazados, y que se trataba de emplear medios violentos contra Paris y los individuos mas notables de la asamblea. Suspendida por un momento, se volvió á abrir la sesion á las cinco de la mañana del 14 de julio, y con una tranquilidad imponente siguió discutiendo la constitucion, tratando con mucha minuciosidad de los medios de acelerar la ejecucion y conducirla con prudencia. Se nombró una comision para preparar las cuestiones, compuesta del obispo de Autun, el arzobispo de Burdeos, Lally, Clermont Tonnerre,

Mounier, Chapelier ³⁴, Sieyes y Bergasse ³⁵, pasóse la mañana recibiendo noticias á cual mas siniestras, pues se decia que el rey pensaba en ausentarse durante la noche dejando á la asamblea entregada á varios regimientos extranjeros. En aquel mismo instante se habia visto á la duquesa de Polignac ³⁶ á los príncipes y á la misma reina paseándose en el jardin de los naranjos, agasajando á los oficiales y soldados, á quienes hacian distribuir refrescos. Parece que se preparaba un gran plan para la noche del 14 al 15; que se intentaba atacar á Paris por siete puntos distintos, cercar el palacio real, disolver la asamblea y hacer revocar por el parlamento la declaracion de 23 de junio. Se pensaba tambien en remediar á las urgencias por medio de la bancarrota y hacer frente á todo con pagarés del tesoro. Lo positivo es que los comandantes de las tropas tenian orden de marchar adelante el 14 y el 15; que se habian fabricado ya los tales pagarés; que se habian llevado muchas municiones á los cuarteles de los suizos, y que el gobernador de la Bastilla se habia ausentado, dejando únicamente en ella algunos muebles indispensables. Se aumentaron mucho los terrores de la asamblea despues del medio dia, porque se acababa de ver al príncipe de Lambesc á caballo, corriendo á escape, se oian cañonazos, y era tal la inquietud, que se ponian las gentes

oído en tierra á fin de percibir el menor ruido. Propuso entonces Mirabeau enviar otra diputacion al rey, la cual salió inmediatamente para hacer nuevas instancias. En aquel momento entraron dos diputados que venian á toda prisa de Paris, y dijeron que la gente se estaba degollando, añadiendo uno de ellos que habia visto un cadáver sin cabeza y vestido de negro. Principiaba á ser de noche cuando entraron los electores en el salon de la asamblea en que reinaba el mas profundo silencio, pudiéndose contar sus pasos en medio de la obscuridad. Anunciaron que la Bastilla habia sido atacada á cañonazos, que corria la sangre y que amenazaban las mayores desgracias. Al instante se envió á palacio una nueva diputacion, la cual al salir se encontró con la primera que traia la contestacion del rey, en que decia que habia mandado alejar á las tropas acampadas en el campo de marte, y que habiendo sabido que se habia formado una milicia urbana habia nombrado oficiales para mandarla.

Al recibir la segunda diputacion, el rey, cuya turbacion iba creciendo por momentos, dijo: « Señores, se despedaza mi corazon con la relacion que me haceis de las desgracias de Paris, « es imposible que las hayan causado las órdenes « dadas á las tropas. » Eran las dos de la noche y no se habia conseguido todavia que se alejasen las

tropas. La asamblea contestó á la ciudad de Paris « que habia enviado dos diputaciones al rey, y que « se repetirían las instancias hasta lograr el buen « éxito que podia esperarse de la rectitud de S. M. « cuando se viera libre de impresiones ajenas, « que comprimian los movimientos de su corazon. » Durante un corto espacio de tiempo en que se suspendió la sesion, llegó la noticia de los acontecimientos del dia 14.

En la noche del 13 el pueblo se habia agolpado hacia la Bastilla donde habia habido algunos tirós y parece que los instigadores gritaban, *vamos á la Bastilla*, lo que no era estraño, supuesto que la idea de destruccion de aquella fortaleza se hallaba consignada en algunos de los poderes de los diputados. El pueblo continuaba pidiendo armas, y habiéndose esparcido la voz de que existia un gran depósito de ellas en el cuartel de los inválidos, la multitud se dirigió inmediatamente á él, cuyo comandante Mr. de Sombreuil reusó la entrada, diciendo que tenia que pedir órdenes á Versalles ³⁷; pero el pueblo sin querer oír nada, se precipitó dentro del edificio, y se apoderó de los cañones y de una gran cantidad de fusiles. En aquel mismo momento estaba ya sitiada la Bastilla por una innumerable multitud, con pretexto de que estando apuntados sobre la ciudad los cañones de la fortaleza era preciso precaverse contra sus fuegos. pi-

dió un diputado de distrito ser introducido en la fortaleza, en lo que condescendió el comandante, mas el resultado de la visita fué convencerse que toda su guarnicion consistia en 32 suizos y 82 inválidos que dieron palabra de no hacer fuego, si no se les atacaba. En el interin que se trataba esta especie de capitulacion, el pueblo no viendo volver á su diputado empezaba á irritarse; pero habiéndose dejado ver aquel, la turba se apaciguó y se retiró á las 11 de la mañana. Mas apenas habia pasado media hora cuando llegó un nuevo tropel de gente armada gritando «queremos entrar en la Bastilla» y á pesar de la intimacion que les hizo la guarnicion de que se retiráran, se empeñan con obstinacion en atacar la plaza. Suben con intrepidez dos de ellos sobre el tejado del cuerpo de guardia, desde donde rompen á hachazos las cadenas del punte levadizo cuya caida facilitó la entrada hasta el segundo puente, en donde se vió detenido el pueblo por una descarga de fusileria, á la que contestó retrocediendo algunos pasos. Duró el combate pocos instantes, pero habiendo oido el fuego los electores que estaban reunidos en la casa de la ciudad, enviaron dos diputaciones una tras otra para intimar al comandante la órden de dejar entrar en la plaza á un destacamento de la milicia urbana, bajo pretexto de que toda fuerza militar dentro de Paris debia estar á la

disposicion de la ciudad. Llegan sucesivamente estas dos diputaciones en medio de aquel asedio popular, sin poder hacerse escuchar de nadie; pero sin embargo el ruido del tambor y la vista de una bandera suspendieron el fuego por algun tiempo y se acercaron los diputados á la guarnicion que los aguardaba, mas no fué posible explicarse. Se oian tiros sin saber de donde venian, y persuadiéndose el pueblo á que estaba vendido, intenta pegar fuego á la fortaleza; pero la guarnicion les opone tiros de metralla: acuden entonces las guardias francesas con cañones y empiezan un ataque en regla.

Mientras tanto vino á parar á manos de los electores reunidos en la casa de la ciudad, una esquila dirigida por el Baron de Besenval á Delaunay, ³⁸ comandante de la Bastilla, en que le mandaba resistir asegurándole que pronto seria socorrido. En efecto se habia señalado la tarde de aquel dia para la ejecucion de los proyectos de la corte; pero viendo Delaunay que no llegaba el socorro ofrecido contra el encarnizamiento del pueblo, cogió una mecha encendida y quiso hacer volar el castillo, á lo que se opuso la guarnicion obligándole á bajar los puentes y dar la señal de rendicion. Se acercan los sitiadores ofreciendo no hacer ningun daño; pero entra con ellos la turba que invade los patios. Logran escaparse los sui-

zos, mas acometidos los inválidos por un pueblo furioso solo deben la vida á la proteccion de las guardias francesas. En aquel momento se presenta una jóven hermosa y despavorida; corre la voz de que es hija de Delaunay, y ya se trataba de quemarla viva cuando se precipita un valiente soldado, la arranca de las manos de aquellos furibundos, la pone en salvo y vuelve al combate.

Eran las cinco y media de la tarde y reinaba la mas cruel ansiedad entre los electores, cuando se oye un murmullo sordo y prolongado que poco á poco se convierte en gritos de victoria, proferidos por una turba inmensa que invade los salones, llevando en triunfo á un guardia frances cubierto de heridas y coronado de laureles. En una bayoneta venian atadas las llaves de la Bastilla, y en una mano ensangrentada que se levantaba en medio de la turba se veia una hevilla de corbatin que habia pertenecido al gobernador Delaunay, el cual habia sido degollado, aunque defendido hasta el último extremo por dos guardias francesas, Elie ³⁹ y Hullin ⁴⁰ Habian sucumbido otras víctimas, aunque defendidas heroicamente contra la ferocidad popular. Empezaba á manifestarse una especie de furor contra el prevoste Fleselles, á quien se acusaba de traicion por haber engañado al pueblo con ofertas de armas que no pensaba en darle, y llenaba los salones una multitud de hombres ani-